

GILL PAUL

LAS CHICAS DE MANHATTAN

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ

EMBOLSILLO

Para Vivien Green

Capítulo 1

JANE

JANE GRANT SE metió en un cubículo de Bell Telephone que había en el vestíbulo del hotel Algonquin, sacó la libreta de reportera de su gastada cartera de cuero y marcó el número de la redacción de *The New York Times*. Mientras esperaba que la centralita estableciera la conexión, se quitó el sombrero y se atusó unos mechones rebeldes de pelo castaño, encendió un Lucky Strike y entornó los ojos para esquivar el humo.

—Tengo un artículo para mañana, página dos —dijo en cuanto contestaron.

—Listo, cuando quiera —repuso la voz de un joven.

Jane empezó a dictar:

—Ruth Hale, fundadora de la Liga Lucy Stone, organización por los derechos de las mujeres...

—¿Cómo se escribe eso? ¿H-a-i-l? —la interrumpió la voz. Ella chasqueó la lengua con exasperación.

—¿Es que no lees las noticias? Es una periodista muy conocida.

—Pues no había oído hablar de ella —contestó el joven.

—H-a-l-e —deletreó Jane, y continuó: ... ha obtenido una importante victoria legal al conseguir que le expidan una escritura inmobiliaria con su apellido de soltera en lugar del de casada.

—¿Y cuál es el de casada? ¿Tengo que citarlo?

—¡Señor, dame fuerzas! —exclamó Jane—. El principal objetivo de la Liga Lucy Stone es justamente hacer campaña en contra de que obliguen a las mujeres a adoptar el apellido de sus maridos.

—¿Y por qué no quieren hacerlo? —El chico parecía desconcertado.

—¿Cuánto hace que estás en el puesto? —El nivel de los transcritores del periódico era desigual, pero jamás se había topado con uno tan obtuso como ese.

—Es mi primera semana. El segundo día, de hecho. —Parecía orgulloso.

—¿Y nadie te ha hecho una prueba de cultura general en la entrevista?

—No he hecho ninguna entrevista —repuso el chico—. El trabajo me lo ha conseguido mi tío, que es redactor jefe.

—Ya decía yo... —Jane dio unos golpecitos en el cigarrillo para hacer caer una columna de ceniza en un cenicero de cristal ambarino con el logotipo del hotel en la base—. Bueno, si quieres llegar a tu tercer día, será mejor que espables. ¿Entendido?

Le molestaba ese nepotismo tan flagrante. Ella no había recibido ayuda alguna cuando luchaba con uñas y dientes por convertirse en la primera mujer reportera de la historia del periódico. Nada le había resultado fácil; para llegar allí, había tenido que encontrar más noticias y trabajar más horas que nadie y, aun así, sus compañeros seguían despreciándola y llamándola «bombón». Pero al menos ahora la enviaban a cubrir historias de verdad, y no solo bailes de sociedad donde informar sobre el largo de las faldas para la nueva temporada.

Dictó el resto del artículo y, cuando el joven del otro lado de la línea comentó que no había reparado en que la Decimovenena Enmienda otorgaba a las mujeres el derecho al voto, le dijo que era «más tonto que hecho de encargo» y apagó el cigarrillo con ganas.

Después de colgar, cruzó el Salón Rosa del hotel. Estaba vacío, salvo por un grupo de amigos suyos que ocupaban desordenadamente uno de los reservados del fondo, o más bien lo desbordaban, como si la sala se hubiera inclinado hacia un lado y ellos hubieran caído allí formando una pila. Las sillas invadían el pasillo que llevaba a la cocina, de manera que los camareros,

para preparar las mesas de la cena, tenían que pasar apretándose y haciendo equilibrios con las bandejas sobre los hombros.

En un extremo del reservado estaba sentado Harold Ross, marido de Jane desde hacía menos de un año, junto a Alec Woolcott, amigo de ambos y crítico teatral de *The New York Times*. Jane se detuvo a plantarle un beso a Harold en la frente arrugada y aguzó el oído para escuchar lo que decían.

—Te equivocas en cuanto a la tanatopsia —afirmaba Harold—. Viene del griego *thánatos*, que significa «muerte», y *opsis*, que quiere decir «visión». No es el «deseo» de encontrar la muerte, sino una «meditación» sobre ella.

—Ah, pero olvidas que... —empezó a decir Alec.

Jane se apartó. A esos dos les encantaban sus interminables debates seudointelectuales y ninguno daba nunca su brazo a torcer, así que prefería mantenerse al margen.

Dorothy Parker la llamó haciendo señas desde el otro extremo de la mesa y se movió para dejarle sitio en su banco, así que Jane pasó como pudo entre los demás y logró llegar hasta su amiga.

Dottie estaba deslumbrante con un primaveral sombrero verde y una boa de plumas negras, bañada en su habitual nube de perfume *chypre*: una esencia con matices de musgo y madera que a Jane siempre le recordaba al líquido de embalsamar del taller de unas pompas fúnebres. Ella nunca se ponía colonia, vestía con ropa práctica y sin fruslerías, pero eso no impedía que admirase el estilo de Dottie.

—Quieren montar un club de póker para hombres las noches de los sábados —dijo esta señalando a Harold y Alec—. Debería proponerle a Eddie que se apunte. Puede que le enseñen a tirar de la cadena. —Se echó la boa por encima del hombro y le dio con ella en la cara a un hombre a quien Jane no reconoció, y que apartó las plumas con una risa burlona.

Dottie solía convertir a su marido, Eddie, en blanco de sus chistes; por eso no era extraño que él prefiriera no codearse con sus amigos.

Jane sintió una punzada de preocupación al oír lo de ese club de póker. A Harold le encantaba jugar, pero se le daba fatal. Lo había conocido durante una partida en París, en 1918, cuando trabajaba como voluntaria para la Asociación Cristiana de Jóvenes, la YMCA, y él era el director editorial del periódico del ejército de Estados Unidos, *The Stars and Stripes*. Harold perdió esa mano porque se desconcentró al empezar a coquetear con ella, y desde entonces siempre había tenido mala suerte jugando a las cartas.

—Volverán a dejar a Harold sin camisa —dijo, pensando en voz alta.

—Y esa es una imagen que nadie quiere ver —murmuró Dottie.

Siempre se metía con la falta de atractivo físico de Harold, pero Jane no hizo caso. Solo era Dottie haciendo de Dottie. Alguien le pasó una petaca y ella olisqueó el contenido antes de servirse dos dedos en un vaso. Por el color ambarino supuso que era whisky, aunque nadie lo habría dicho por el sabor ni por el olor. Desde que el año anterior se había aprobado la Ley Seca, en el Algonquin no servían nada de alcohol, pero el personal hacía la vista gorda si los clientes entraban con el suyo.

Se oyeron vítores desde el otro extremo de la mesa, y Alec se levantó y pidió silencio dando unos golpecitos con una cuchara en el borde de su vaso. Se había quitado la americana, y Jane recordó la cruel pero certera descripción que Dottie había hecho de su figura: «Como un barril de cerveza sobre dos tocones».

—La decisión está tomada. En lo sucesivo, el club de póker de las noches de los sábados ostentará el nombre de Club Literario y Recreativo Tanatopsia, y se reunirá en una habitación de las plantas superiores de este mismo establecimiento, cortesía de la siempre sufrida dirección.

Jane miró a Dottie y puso los ojos en blanco para burlarse de la pomposidad del anuncio. ¡Típico de Alec!

—¿Y las chicas podremos pasarnos a mirar? —preguntó una joven ingenua a quien Jane no conocía y que llevaba algo

que, más que un vestido, parecía un salto de cama de raso color melocotón.

—Solo hombres —repuso Alec—. Las mujeres estropean el póker. No saben controlar sus sentimientos.

Winifred Lenihan, la actriz de Broadway, estaba sentada frente a Jane y Dottie.

—¡Caray! —comentó—. Y yo que pensaba que eso es justo lo que hago cada noche cuando salgo al escenario...

Alec levantó su vaso hacia ella en un brindis.

—Tú eres la excepción, querida, pero de todos modos no puedes participar.

—¿Por qué no montamos nosotras un club solo para chicas las noches de los sábados? —propuso Jane—. Me apetece aprender a jugar al *bridge*. ¿Tú qué dices, Dottie?

Esta se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Siempre que admitáis apuestas bajas para las desempleadas... —Había perdido su trabajo el año anterior y seguía abatida por ello.

—Yo estuve en el club de *bridge* de la Universidad de Vas-sar —dijo Peggy Leech, otra amiga suya, un ratón de biblioteca que trabajaba para Condé Nast—. Será un placer enseñaros.

—Yo también juego un poco —señaló Winifred ense-guida—. ¿Me aceptáis en el club?

—Pues ya somos cuatro —anunció Jane. Casi no conocía a Winifred, pero con ella ya eran las jugadoras necesarias—. ¿Nos turnamos para hacer de anfitrionas? No me apetece estar aquí, en el Gonk, con los del club de póker arriba. Los bares clandestinos son demasiado ruidosos y las cafeterías están muy secas.

—Por mí, bien. Seré la primera —se ofreció Dottie—. ¿El sábado que viene?

—¿Estás segura de que a Eddie no le importará? —preguntó Jane—. Quizá no le parezca bien que invadamos vuestro piso.

—¿Si le importará? ¿Me tomas el pelo? —replicó Dottie—. Cuando vea a Winifred Lenihan en su salón, seguro que hasta

pierde la cabeza... Cosa que no estaría nada mal, ahora que lo pienso.

Winifred sonrió con educación. Jane pensó que era muy guapa: sus ojos eran de un verde grisáceo y su rostro tenía la estructura ósea de una escultura clásica. Aun así, Jane nunca había sentido celos de las mujeres atractivas; ser tan perfecta debía de ser una carga.

Una señora robusta que vestía un traje beis de cuadros se acercó entonces a la mesa con una libreta y un bolígrafo en la mano, y la mirada fija en Dottie.

—Perdone la interrupción, señora Parker —dijo con la peculiar cadencia del acento de Boston—. Llevo toda la velada esperando una ocasión para pedirle un autógrafo y ahora tenemos que irnos o no llegaremos al tren... —Estaba azorada y hablaba de forma atropellada, como si no tuviera tiempo que perder—. Es que jamás me perdonaría haber dejado pasar esta oportunidad. Soy una gran admiradora de todas esas cosas tan ingeniosas e inteligentes que dice usted. Siempre la leo en los periódicos.

Antes de que Dottie pudiera responder, Alec Woollcott se le adelantó:

—¿Está segura de que no quiere también mi autógrafo? Cualquier cosa remotamente divertida que haya dicho se le atribuye siempre a la señora Parker.

Dottie no le hizo ningún caso y aceptó la libreta y el bolígrafo con una sonrisa educada. Garabateó una firma en una página en blanco y se los devolvió a su dueña.

—No crea todo lo que lee en los periódicos —le dijo—. Los tipos que escriben ahí son estos sinvergüenzas. —E hizo un gesto vago con la mano en dirección a Alec.

La mujer masculloó un gracias y casi volcó una silla al retirarse. Por un momento, Jane pensó que iba a hacer una reverencia, como ante la realeza.

—¿Sabes, querido, que la atribución es la forma más sincera de halago? —dijo Dottie, volviéndose hacia Alec.

—¿La señora Parker siendo amable? —repuso él—. Habría dicho que no aprobabas ningún tipo de halago.

—Un poquito está bien —concedió Dottie—. Siempre que no te lo tragues...

CUANDO JANE Y Harold tomaron el tranvía para regresar a casa esa noche, ella le habló del joven transcriptor de *The New York Times* que no se había enterado de que las mujeres habían conseguido el derecho al voto.

—Por su tono, me he dado cuenta de que la idea no le hacía mucha gracia.

—Ese maldito gamberro no sabía con quién estaba hablando —repuso Harold—. Espero que no tuvieras piedad con él.

—No demasiada. —Rio entre dientes—. ¿Cuándo me he vuelto tan... combativa?

—Es el carácter de Kansas. Reses y mujeres: os crían con rudeza. —Le posó un brazo sobre los hombros—. No te importa lo de nuestra partida de póker, ¿verdad, gatita? He oído que las chicas vais a montar otra para vosotras solas.

Jane aspiró aire entre los dientes apretados.

—Me preocupo cada vez que te oigo decir que vas a jugar al póker, cielo. Se supone que debemos ahorrar, no repartir dinero entre nuestros amigos.

Su primer plan era comprar una casa para salir del minúsculo apartamento de mala muerte que compartían. El siguiente, fundar una nueva revista con Harold como director. Hacía muchísimo que él tenía ese sueño, y a Jane le emocionaba poder acompañarlo en su aventura. Habían acordado que, hasta que alcanzaran sus metas, vivirían del sueldo que *The New York Times* le pagaba a ella y ahorrarían todo lo que ganaba él en la revista de humor *Judge*.

—Empujado por el espíritu del compromiso conyugal, prometo retirarme de la mesa si alguna vez mis pérdidas ascienden a más de cinco dólares. ¿Qué me dices?

—Que cinco dólares a la semana son doscientos sesenta dólares al año.

Él se echó a reír y le dio un puñetazo fingido en el brazo.

—¡Mujer de poca fe!

—Podríamos invertir ese dinero en ir a un restaurante de vez en cuando —adujo Jane—, y así no me vería obligada a correr a casa todas las tardes para hacer la cena.

Era muy pesado encargarse de la compra y de cocinar algo todos los días, sobre todo porque a menudo tenía que regresar después a la redacción para acabar de atar cabos sueltos antes de que mandaran a imprenta la edición de la mañana. Entendía por qué la mayoría de las mujeres abandonaba el trabajo al casarse; intentar compaginar las dos facetas la dejaba extenuada.

Harold le hizo dar una vuelta y le dio un beso en los labios.

—Con mis primeras ganancias te invitaré a cenar bistec —prometió.

Jane se mordió la lengua para no contestar. No quería ser una aguafiestas.

—Oye, ¿por qué no invitas a Eddie Parker a vuestro club de póker Tanatopsia? —preguntó, en cambio—. A Dottie le preocupa que no se sienta integrado en la pandilla del Algonquin.

—No creo que haya ninguna pandilla en la que pudiera sentirse integrado —repuso Harold—, a menos que lograra encontrar un cardumen de peces muertos flotando en el puerto.

Jane soltó una risotada. Eddie andaba algo escaso de personalidad, sin duda. Era guapo, de acuerdo, pero los amigos de Dottie seguían considerando un misterio que se hubiera casado con un corredor de bolsa.

Jane detestaba regresar a su destartalado apartamento del West Village, donde estaban como sardinas en lata y se permitían poco más para comer, pero al menos su marido era el hombre más inteligente y divertido que había conocido jamás, y eso lo compensaba todo.